

Los demonios artísticos de Pío Ángel

El pintor hace un recuento de su trayectoria y nos brinda una visión panorámica de una obra plástica que destaca en la pintura nacional

Por Domingo Varas Loli



"Mi pintura actual es realista mágica, una vertiente del surrealismo propio de América Latina, porque en mis cuadros plasmo escenas, vivencias, personajes ocultos pero que existen".



"Nuevo Despertar" (óleo) Pío Ángel
Trujillo - Perú / 2015

El arte fue una lenta revelación en Pío Ángel Muñoz (Huaraz, 1945). Comenzó como una habilidad innata con el dibujo y un deslumbramiento por el color. Pero él está convencido que su abuelo paterno, don Pío Ángel Muñoz Rincón –pintor y escultor cuya vida legendaria marcó con huella indeleble la imaginación del nieto –ejerció una poderosa influencia en el origen de su vocación por la pintura.

Creció observando las esculturas del abuelo, quien había esculpido con manos diestras imágenes sagradas de la Virgen María y, sobre todo, de la pasión de Cristo crucificado y de los soldados romanos. Hábil en los telares y los ponchos, a los que teñía con vivos colores, don Pío Ángel era también un aficionado a los toros y en muchas ocasiones se había lanzado al ruedo impulsado por su espíritu aguerrido.

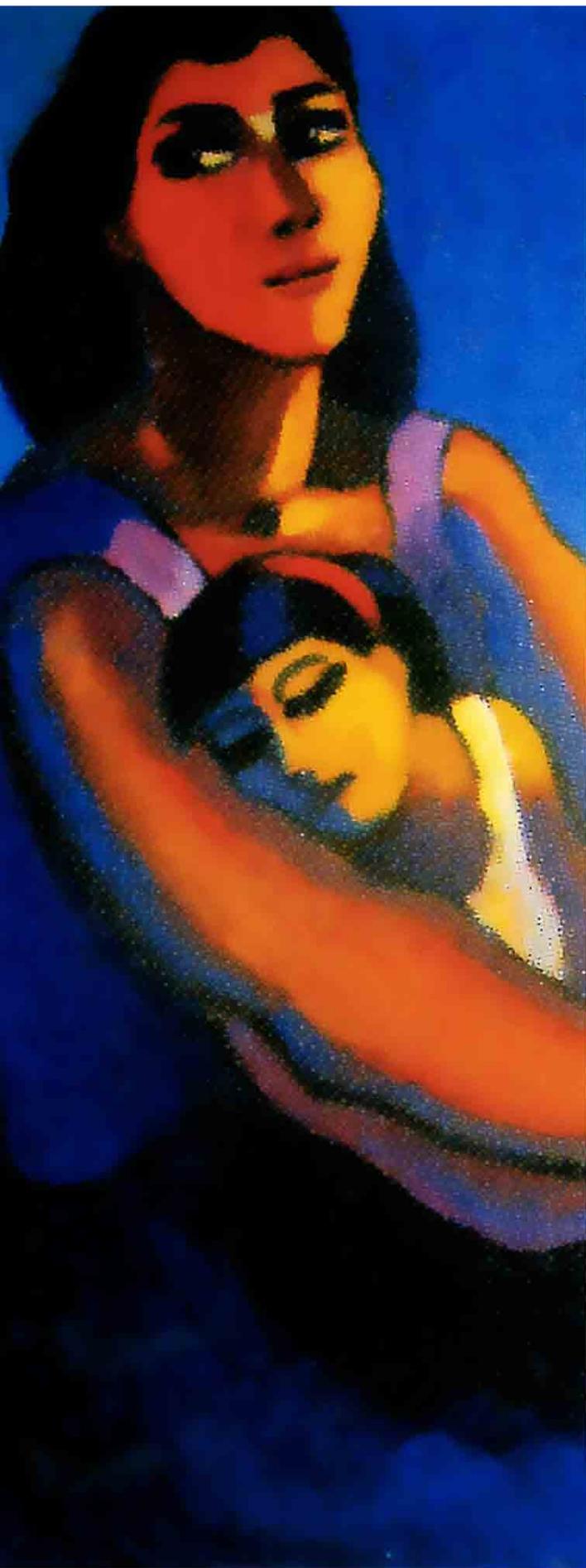
"Mi padre me decía cuando tenía ocho o nueve años que yo había heredado las cualidades artísticas de mi abuelo", cuenta Pío Ángel.

Otros recuerdos que perviven con nitidez en la memoria de Pío Ángel Muñoz tienen que ver con su asombro por la naturaleza y el arte de sus antepasados, los fundadores de Chavín de Huántar. El día que vio por primera vez el lanzón de Chavín, una monumental escultura de piedra de más de cinco metros, se quedó petrificado. Ante esa iconografía poblada de imágenes antropomorfas y zoomorfas, sintió el misterio sagrado del arte que no lo ha abandonado jamás en su trayectoria artística.

"La herencia de la cultura Chavín proviene de mi familia materna. Por eso considero que por los personajes, la iconografía, la idiosincrasia y los usos y costumbres mi arte es de carácter ancestral", asegura el pintor con la tranquila convicción que le ha dejado el paso de los años.

Una de las características más singulares de la obra de Pío Ángel es su color vibrante y cálido, del que emana una fuerza telúrica. El origen de su obsesión por el color radica en sus innumerables excursiones al Huascarán, que había intentado escalar infructuosamente hasta la cumbre. La verdadera sorpresa que le deparaba este nevado fue descubrir desde sus faldas las maravillosas metamorfosis de la luz en el amanecer, el atardecer y el anochecer. "El Huascarán, el tótem de la cordillera blanca, fue el primer espejo en el que descubrí los colores que iluminaron mi alma", afirma Pío Ángel.

El color no es un elemento racional en la composición de sus cuadros- los amarillos, rojos, naranjas, violetas, verdes, azules y blanco y negro-, sino que constituyen la esencia de su alma y se imponen en su proceso creativo con la fuerza de los sentimientos. Por esta relación compulsiva con los colores, que está convencido es un herencia ancestral, siente profunda admiración por Paul Gauguin, quien no dudó en abandonar el cómodo modus vivendi de la civilización occidental para irse a vivir a Oceanía, en busca de otra percepción de la luz y el color y de exóticas vivencias que le revelaran visiones más certeras de la condición humana.



Cuando tenía ocho o nueve años – son recuerdos que se mantienen en medio de una nebulosa- recuerda una visita que hizo con su tío al Museo de Arte Italiano de Lima. Allí se sintió deslumbrado ante maravillosas obras de la pintura europea. Entonces, ilusionado por la fantasía y la iconografía de esos cuadros que le produjeron una epifanía, deseó por primera vez ser un pintor.

No le faltaba talento para lograrlo. Y sus amigos, parientes y sus maestros de la escuela se dieron cuenta. Recuerda que, a los doce años, su profesor José Ubillús, quien había egresado del Escuela Nacional de Bellas Artes de Lima, lanzó una profecía: "Tú serás pintor"- le dijo, a boca de jarro y se quedó con sus dibujos, acuarelas y témperas.

No obstante este vaticinio y a las semillas de la vocación pictórica que habían comenzado a dar sus primeros frutos, Pío Angel no prestó resistencia a la negativa de su padre a que fuera pintor. Dócil, acató la orden de su progenitor de dedicarse a la medicina. Aunque a regañadientes, llegó a Trujillo en 1964 decidido a estudiar esta carrera profesional. Ingresó al primer intento a la Universidad Nacional de Trujillo y con resignación emprendió sus estudios de anatomía. Todavía recuerda, sin los sobresaltos de antaño, los lóbregos ambientes de la morgue donde les cortaba a los cadáveres sus manos, músculos y huesos para diseccionarlos y estudiar su estructura.

Ahora que lo piensa retroactivamente, el tiempo que se dedicó a la ciencia no fue en vano. De esos años infaustos proviene su obsesión por la anatomía humana. "Creo que toda mi obra gira en torno a la figura femenina, que vendría a ser la imagen de Eva, de mi madre y de mis musas, que representan la búsqueda de la mujer ideal"- dice el artista y luego reconoce que hasta la fecha no ha encontrado a su musa. Vive solo, rodeado por los personajes femeninos que habitan en sus lienzos.

Sus clases de anatomía muy pronto se convirtieron en una pesadilla. Aún hoy siente lejanas arcadas cuando recuerda las náuseas que le producían el acre olor de la muerte, los cadáveres y el formol. "Esos tres olores me salvaron de que fuera

médico", asevera Pío Ángel. Fueron días tormentosos en los que se agravó una antigua dolencia: el insomnio y el sonambulismo. Al borde de la desesperación y ante la incompreensión de su padre, quien insistía en que continúe sus estudios de medicina a pesar de sus atroces malestares, decidió abandonar la universidad. La airada reacción del padre fue desheredarlo y cortarle la pensión de estudios.

Durante el periodo de incertidumbre y zozobra que vivió el joven artista, recorriendo las apacibles calles de Trujillo, imbuido del espíritu rebelde de un lobo estepario, fue a dar en la Academia de Arte, ubicada en el jirón de la Unión. Allí tuvo un encuentro decisivo que marcó su vida y su trayectoria artística: conoció a don Pedro Azabache, pintor indigenista que fuera discípulo de José Sabogal y ejercía el cargo de director de esta academia. "Él es mi padre espiritual", afirma varios años después de la muerte de su mentor.

El impacto fue inmediato. No vaciló en adoptar el estilo indigenista azuzado por la prédica de Azabache quien los urgía a pintar el paisaje de la sierra, a la gente nativa y a las costumbres de los pueblos. Durante cincuenta años Pedro Azabache ejerció, con su imponente personalidad y sus firmes convicciones estéticas, un poderoso magisterio sobre Pío y otros jóvenes pintores. "Gracias a él tuve la suerte de conocer qué es el indigenismo, su ideología, métodos y alcances en la pintura peruana", agrega Pío Ángel.

Pero quizá la lección más valiosa fue que la vocación por la pintura debía ser ejercida como un sacerdocio. "Ustedes quieren ser artistas o padres de familia", les espetaba a sus discípulos reunidos como en una cofradía. Allí estaban Walter Romero, Lutgarda Reyes, entre otros

Azabache les instruía en la estética indigenista, hablándoles que el elemento primordial de la pintura es el dibujo. En aquella época solo se hacía arte figurativo. Pío Ángel recuerda vívidamente la vez en que le prestó un libro de Miguel Ángel y cuando, casi al final de su vida, le preguntó quién era su artista preferido. Ante las respuestas complacientes del

discípulo que primero señalaba a su maestro y luego a Sabogal como su artista preferido, moviendo su cabeza de un lado al otro le hizo recordar el libro que le había prestado. "Miguel Ángel es mi artista preferido- le dijo el maestro con tono cansino y resignado-. Mi último deseo es conocer la Capilla Sixtina donde dejó sus huellas Miguel Ángel", agregó con discreto énfasis. Años después Pío Ángel afirma que ha llegado a la misma convicción.

"Fue el comienzo y el fin de mi vida artística, hasta ahora siento nostalgia de su ausencia," afirma tras admitir que la autoridad de don Pedro no le permitía salir de los parámetros de un indigenismo ortodoxo.

No obstante, su afán de libertad lo impulsaba a llevar a cabo una sigilosa rebelión, un parricidio frustrado. Sin que el maestro lo supiera, pintaba cuadros eróticos que define como "visiones de mi alma". Recién a la muerte del maestro pudo dar rienda suelta a su creatividad y experimentar en otras tendencias y corrientes pictóricas.

Por eso cuando le preguntan cómo autodefiniría su búsqueda estética afirma que su pintura actual es realista mágica, una vertiente del surrealismo propia de América Latina. "Mi obra se ubica en esta línea, en mis cuadros plasmo escenas, vivencias, personajes ocultos pero que existen".

En los últimos tiempos un viaje a La Habana, donde se encontró con mujeres espectaculares que deambulaban por las calles lo hicieron cuestionar su concepción del arte y lo llevaron a ensanchar sus horizontes. Volvió a recordar a su admirado Gauguin, a sus musas, a su pasión por la figura femenina. "Mi forma de pintar sigue siendo indigenista, pero el artista es libre y nadie lo puede coaccionar", concluye el artista antes de mostrar sus cuadros eróticos con el entusiasmo de un joven rebelde.